

El Malón celebra a la Pachamama

Carmen Elena Villacorta *

El 18 de agosto de 2013 asistí por primera vez a la celebración de la Pachamama, invitada por la agrupación de jóvenes indígenas universitarios El Malón Vive. El Malón toma su nombre de la gesta de los hombres y mujeres que en 1947 marchó desde el noroeste argentino (en la frontera con Bolivia) hasta Buenos Aires, con el objetivo de entrevistarse con Juan Domingo Perón y exponerle su acuciante situación respecto de la tenencia de tierras en la provincia. “El Malón de la Paz” se denominó a ese grupo de kollas campesinos que, tras un largo recorrido a pie y un único acto público en Buenos Aires, fue obligado a subir a los vagones del tren que los llevó de regreso a su lugar de origen. El nombre “El Malón Vive” es, pues, una consigna en sí mismo.

Se trata de estudiantes de diferentes carreras en la Universidad Nacional de Córdoba, que allí mismo, en la ciudad universitaria, han conquistado un espacio, construido una apacheta¹ y realizan allí sus almuerzos comunitarios y las celebraciones por medio de las cuales retoman las costumbres del pueblo kolla, se apropian de sus raíces indias,

afianzan su hermandad y espíritu de comunidad y abren un lugar simbólico para el norte argentino y para el ser indio en la Argentina. Además de sus encuentros en ese espacio, otras actividades como un ciclo de cine, participación en radios comunitarias o presencia en marchas, da visibilidad al Malón. La ceremonia para la Pacha Mama es, entre todas las actividades que se vienen desarrollando por cuatro años, quizá, la más significativa y sentida, como lo expresaban reiteradamente las chicas del Malón.

Como colombiana-salvadoreña, ex residente en el Distrito Federal y latinoamericana en Córdoba fue un privilegio haber podido vivir por primera vez ese ritual tan especial, de la mano de los maloneros. Me encantó que se tratara de una ceremonia de gratitud en la que se honra a la Madre Tierra por todo lo que nos provee, ofrendando viandas y bebidas. Para empezar, nos ubicamos en un gran círculo, de modo que todos pudiéramos vernos y, a petición de los chicos y las chicas del Malón, saludamos y nos presentamos. Éramos unas 50 personas de diferentes

* Lic. en Filosofía, realiza sus estudios de posgrado en estudios latinoamericanos.



procedencias. Al final de la ronda de presentaciones, Blanca, luchadora mapuche, propuso que intercambiáramos energía por medio de un abrazo. Nos abrazamos fraternal y solidariamente, cruzamos miradas, sonrisas y buenos deseos de “feliz Pacha”.

También el bebé, fruto del amor de la pareja encargada de officiar la ceremonia, contribuyó a sacar la tierra y a cavar. Fue emocionante ver caer los granos de maíz, de arroz, de quinoa, las papas, el pan, la fruta y varios litros de vino y agua sobre la boca abierta, expectante y sagrada de la tierra. Una larga fila de parejas esperaba su turno para dar de comer a la Pacha, agradecerle por todo lo que nos provee y por la vida que nos da y encender un cigarrillo que permanece enterrado, mientras su humo viaja hacia el cielo. Tal como nos lo deseamos al inicio, fue una feliz

Pacha. La víspera, los *maloneros* se habían dedicado a cocinar una olla gigantesca de guiso de trigo, una de las tantas y exquisitas comidas típicas de sus pagos. La fila para honrar a la Pacha se hizo tan larga, que temimos quedarnos sin guiso, pero era imposible, porque la olla era enorme. Después de ofrendar, cada pareja podía acercarse a comer. También el tacho de sangría era gigantesco y se acabó pronto. El Malón pensó en todo y llevó sonido, de manera que la comida estuvo amenizada por los sonidos del norte.

De ahí en adelante empezó la fiesta, porque nortños, cordobeses, bolivianos y todos los músicos tomaron sus guitarras, afinaron sus voces, soplaron sus zampoñas y quenás e hicieron de la tarde una inolvidable peña con aires de norte argentino. Las danzas folclóricas

se hicieron presentes por medio de un taller de unas cinco parejas que se presentaba en público por primera vez, bailando el mundialmente conocido *El Humahuaqueño* y un par de chacarearas. Una representación del grupo de Caporales Universitarios de Córdoba hizo una hermosa muestra de saya. Los norteños llevan el arte en la sangre y así lo vivimos también después, cuando niños, mujeres, hombres, jóvenes y ancianos se unieron en la pista improvisada para disfrutar de la Pacha, del sol, del viento que levantaba pequeñas tormentas de polvo y de la amistad que se contagiaba por doquier. Nunca dejan de impresionarme las maneras tan diversas de nuestra latinoamericanidad. La fiesta andina, tan distinta a la fiesta tropical, en sus ritmos, en sus trajes y en sus bailes, posee, sin embargo, la misma chispa, las mismas ganas, la misma alegría de estar vivos y presentes.

Tratándose de una remembranza de la tierra kolla, no podían faltar las coplas. Un grupo de chicas que parecían cordobesas tomaron sus cajas y empezaron a deleitarnos con sus cantos. Nuevos amigos que iban llegando se acercaban a hacer la ofrenda. La fila no terminaba. Tampoco terminaban la comida, el vino ni el baile. Hacia el final de la tarde debe taparse el pozo donde

se ha alimentado a la Pacha. La ceremonia termina con la puesta del sol. Fue entonces cuando copleras experimentadas, hermosas abuelas con polleteras que meneaban al ritmo de la música, tocaron sus cajas y entonaron sus coplas. “A mí me dicen peruana, cubana o boliviana. A mí me dicen peruana, cubana o boliviana. Yo soy de la Madre Tierra, soy de la Pachamama. Yo soy de la Madre Tierra. Soy de la Pachamama”.

El sol se puso en un horizonte anaranjado mientras yo, un “bicho de ciudad”, pensaba en lo lejos que nos encontramos de lo más esencial, de lo más nutritivo, de la fuente de la vida: la Madre Tierra. Y pensaba en las maneras en las que esa distancia endurece nuestros corazones, enferma nuestras almas, confunde nuestras mentes, genera miedos y barreras entre hermanos y hermanas. Sentí inmensas ganas de llorar mientras daba las gracias a la Pacha y le pedía perdón por mi indiferencia, por mi inconciencia, por mi olvido. Y le daba las gracias también al Malón por generar ese encuentro, por promover la vida, por abrir un canal de reconciliación con nuestra esencia, con la Madre de la que todos provenimos. Gracias Pacha. Gracias Malón.

¡Qué vivan los pueblos indios argentinos! **TL**

¹ Montículo de piedras, a manera de altar, erigido en honor a la Pacha Mama. Se lo encuentra comúnmente en el noroeste argentino y en Perú y Bolivia. En este último país le denominan apachita y son preferentemente de color blanco. Ante la apacheta los indios dejan sus ofrendas y piden que se aparten las

desgracias (chiknis) de su camino y salud para seguir el viaje.

Tomado de: *Diccionario de Mitos y Leyendas*, <http://www.cuco.com.ar/apacheta.htm> [agosto de 2013].